

Manuel Márquez Sterling y Ramón del Valle-Inclán: algunas notas sobre otro intertexto de *Tirano Banderas*

Juan Rodríguez
(Universitat Autònoma de Barcelona)

En memoria de Salvador Bueno e Ignacio Soldevila

El tirano, en la inmensidad trágica de nuestra América, es un ídolo entre dos incendios
(Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del Presidente Madero*)

Uno de los rasgos por los que se mide la modernidad de Valle-Inclán reside en el uso que en su obra hace de la intertextualidad, una práctica que no siempre fue bien comprendida por sus contemporáneos. Frente a algunas acusaciones de plagio¹, el escritor gallego respondía con una vanguardista reivindicación del juego y la parodia literarios, que unidos a la técnica del *collage*, constituyen algunos de los fundamentos del esperpento, invención valleinclaniana en el que la Historia desempeña un importante papel; así lo explicaba en 1930:

En esta clase de obras históricas la dificultad mayor consiste en incrustar documentos y episodios de la época. Cuando el relato me da naturalmente ocasión de incrustar una frase, unos versos, una copla, un escrito de la época de la acción, me convengo de que todo va bien. [...]

Cuando escribía yo la *Sonata de primavera* [...] incrusté un episodio romano de Casanova para convencerme de que mi obra estaba bien ambientada e iba por buen camino. El episodio se acomodaba perfectamente a mi narración. (Luis Calvo, «El día de... Don Ramón María del Valle-Inclán», *ABC*, 3-VIII-1930; en Valle-Inclán, 1994a: 434)

Tirano Banderas no es, en este sentido, una excepción. Hace no demasiados años Dru Dougherty interpretaba la novela como un palimpsesto que se nutría de un amplio abanico de textos referentes a las tiranías y luchas de emancipación que había vivido el continente americano en el siglo anterior a la publicación de la novela; de ese modo, en opinión del hispanista norteamericano, Valle-Inclán había ideado una –en la terminología

¹ En 1916 el crítico Julio Casares alertó, desde las páginas de su *Crítica profana*, al mundo literario de incorporación de un fragmento de las *Memorias* de Giacomo Casanova en la *Sonata de primavera* (Casares, 1964: 66-73).

de Fernando Ortiz— novela transcultural, en la que, con motivo de la crítica del colonialismo, no sólo fundía gran parte de las hablas, paisajes y culturas de América Latina, sino también una muestra representativa de su literatura y de su historia.

Efectivamente, varias décadas de estudios sobre *Tirano Banderas* han ido desvelando las muchas “fuentes” en las que bebió su autor para contruir el mosaico panamericano que constituye la novela². Las formas en que Valle-Inclán utiliza en dicha obra textos ajenos abarcan un amplio espectro de relaciones intertextuales que van desde la cita directa con intenciones paródicas, como en el caso de la mención de unos versos del *Don Juan Tenorio* en el entorno prostibulario de la Tercera Parte, hasta el juego metanarrativo que muestra el proceso de creación de «La Juida», un cuento de Gerardo Murillo, «Doctor Atl», inesperado personaje secundario en las escenas que se desarrollan en el presidio de Santa Mónica (Libro Tercero de la Quinta Parte). En muchas otras ocasiones —es el caso del texto que nos ocupa, *Los últimos días del Presidente Madero (Mi gestión diplomática en México)*, de Manuel Márquez Sterling—, más que una referencia directa se percibe un eco, un diálogo a través del tiempo, más bien, entre dos maneras de ver situaciones, acontecimientos y motivos históricos, sin olvidar, por descontado, distancia que media entre la crónica y la novela.

A pesar de la síntesis americana que impregna *Tirano Banderas*, es evidente que la historia y la cultura mexicanas están en la obra más presentes que cualquier otra; no podía ser de otro modo, pues era México el país de América Latina que el autor mejor conocía, el que había visitado más por extenso y en profundidad, tanto en su primer viaje de 1892 como en el segundo de 1921. Valle-Inclán se mostró siempre interesado hacia los procesos revolucionarios que había experimentado el país, y también bastante irritado ante las injerencias neocoloniales e imperialistas que lo entorpecían; la amistad con Alfonso Reyes — quien en 1921 transmitió al escritor la invitación oficial del gobierno de Álvaro Obregón— y la estancia de dos meses en México le debieron de poner en contacto con algunos de los textos fundamentales que relataban dicho proceso³.

No he podido, por el momento, hallar pruebas concluyentes que corroboren un

² Sería excesivamente prolijo detallar aquí todos y cada uno de los textos, tanto literarios como históricos, de los que el escritor gallego entresacó rasgos o referencias que se incorporan, con la función precisa de las piezas de un mecanismo de relojería, en el texto de la obra. La lista abarca desde algunas crónicas de la conquista como la *Jornada del río Marañón* de Toribio de Ortiguera hasta escritores contemporáneos como Ciro Bayo, Blasco Ibáñez o Emiliano Ramírez Ángel, pasando por Thomas Carlyle, Domingo F. Sarmiento o Miguel Eduardo Pardo.

³ Entre otros, los de Salvador Quevedo y Zubieta, *Porfirio Díaz: Ensayo de Psicología histórica* y *El Caudillo*, ambos publicados en 1909; el testimonio de Roque Estrada, *La Revolución y Francisco I. Madero* (Guadalajara, 1912); la crónica de Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del Presidente Madero (Mi gestión diplomática en México)* (La Habana, 1917), objeto de estas páginas; el trabajo de Alfredo Breceda, *México revolucionario. 1913-1917* (Madrid, 1920); sin olvidar, por supuesto, *Ocho mil kilómetros de campaña* (París-México, 1917), de Álvaro Obregón, expresamente mencionado por Valle-Inclán (v. Paulino Masip, «Obregón, el Presidente de México asesinado, visto por Valle-Inclán», *La Estampa*, 24-VII-1928; en Valle-Inclán, 1994a: 382).

contacto directo entre Ramón del Valle-Inclán y Manuel Márquez Sterling, tan solo algunas circunstancias que, más allá de la relación entre ambos textos, lo sugieren. Parece poco probable que coincidieran en México en alguna de las estancias de ambos escritores en dicho país; seis años más joven que el gallego, cuando éste realizó su primer viaje a México en el otoño de 1892, Márquez Sterling acababa de regresar de aquel país y se hallaba estudiando leyes en la Universidad de La Habana; aunque el cubano regresaría de nuevo al país azteca poco tiempo después, Valle-Inclán no iba a volver hasta dos décadas más tarde. No parece probable que se conocieran en la todavía mal documentada escala cubana de Valle-Inclán, en su viaje de retorno a España, durante la primavera de 1893. No hay datos tampoco que prueben un contacto en Madrid, ciudad en la que Márquez Sterling vivió algún tiempo en la segunda mitad de los noventa y donde el escritor gallego se había instalado en 1895.

La hipótesis de otro posible encuentro nos traslada al año 1921; el 3 de enero de ese año, Márquez Sterling es nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de México; aunque Valle-Inclán no desembarcará en el país hasta septiembre de ese año, encontramos alrededor de los hechos la amistad común de José Vasconcelos, hasta poco tiempo atrás Rector de la Universidad, Secretario de Instrucción Pública del gobierno revolucionario de Álvaro Obregón y ponente en la concesión del doctorado al periodista cubano. Vasconcelos no sólo fue quien invitó, a través de Alfonso Reyes, a Valle-Inclán a visitar México con motivo de las celebraciones del aniversario de la Independencia; fue también, después del propio Obregón, su principal anfitrión en dicha visita. Como testimonio de dicha amistad figura el hecho de que Vasconcelos está también indirectamente relacionado con la publicación de *Tirano Banderas*, ya que fue durante su visita a España en el verano de 1925 cuando la revista salmantina *El Estudiante* incluyó en sus páginas, como explícito homenaje al mexicano, la primera versión de la novela de Valle-Inclán. No hay, pues, que descartar que, en su búsqueda de información acerca de la Revolución, el común amigo recomendara al escritor gallego la crónica que Márquez Sterling escribiera sobre los últimos días de Madero, o incluso le proporcionara un ejemplar de la misma. Pudo también hacerlo el mismo Alfonso Reyes, a quien Valle-Inclán escribe en noviembre de 1923 en demanda, entre otras cosas, de una biografía de “«El bendito don Pancho»” (Hormigón, 1987: 559-560).

No hay datos, sin embargo, que avalen un encuentro directo entre ambos escritores en las mejor documentadas y más polémicas estancias del autor de las *Sonatas* en la Habana en ese año 1921; ni en la minuciosa cronología trazada por Juan Antonio Hormigón ni en

los muchos artículos de prensa desenterrados por Margarita Santos Zas a propósito de esa segunda visita de Valle-Inclán a la isla no aparece el nombre de Márquez Sterling entre la pléyade de periodistas y escritores que recibieron al gallego o se encontraron en algún momento con él. Quizás coincidieran en la visita que Valle realizó el 26 de noviembre a la redacción de *El Figaro*, revista de la que el periodista y diplomático cubano era colaborador; tal vez en alguno de los agasajos que la intelectualidad habanera dedicó al autor de *Tirano Banderas*; o quizás tuvieron un encuentro más privado y familiar a partir de una recomendación de Vasconcelos. Desgraciadamente, el secretismo y la especulación que, hasta el día de hoy, los herederos de Valle-Inclán han impuesto sobre su legado, impide, por el momento, saber si hubo alguna vez un ejemplar del libro de Márquez Sterling en su biblioteca o si se produjo algún tipo de intercambio epistolar. Habrá, pues, que fundamentar la probable intertextualidad en la conversación que mantienen las dos obras analizadas.

Seguramente fue José Antonio Portuondo el primero que percibió la relación entre la obra de Márquez Sterling y la de Valle-Inclán; en el prólogo que puso al frente de una edición de *Los últimos días del Presidente Madero*, al comentar alguno de los espléndidos retratos que realiza su autor, señala que en ellos “alcanza la gracia y la agudeza cruel del «esperpento» valleinclanesco” (Portuondo, 1965: 252-253) y lo ejemplifica con el perfil del “Coronel Escandón”, edecán del dictador Porfirio Díaz que en 1904 había guiado al entonces corresponsal por los corredores de Palacio; en ese retrato, además, Márquez Sterling parece anticipar uno de los ingredientes fundamentales del esperpento, la «visión de altura», la mirada de demiurgo con que Valle-Inclán contemplará años después a sus criaturas:

...don Pablo es un retazo del «porfirismo» que no se escapa al filo de mi pluma. Lo aprisiono como a un tierno pajarillo que forcejea en el calabozo de mis dedos. Está domesticado para el hombro de su dueño. Lo suelto, y se prende en la espléndida araña del salón de embajadores. (Márquez Sterling, 1917: 29)

También, en lo que a las técnicas narrativas se refiere, señala Portuondo algunos rasgos que recuerdan el quehacer valleinclanesco, como el uso predominante del presente de indicativo en el relato o la desaparición del narrador:

Hay momentos en que el afán de objetividad, con la necesidad de sustraer el punto de vista y las opiniones del narrador, lleva a Márquez Sterling a usar la forma dialogada, a construir brevísimos dramas que ponen al lector, de golpe, en el centro mismo del episodio, reviviéndolo en todas sus dimensiones. (Portuondo, 1965: 254)

La figura de Francisco I. Madero estuvo, como ya se ha visto, muy presente desde el principio en el proceso de composición de *Tirano Banderas*. En varias declaraciones y entrevistas, el escritor, al evocar a los revolucionarios mexicanos, menciona sobre todo los nombres del apóstol que derrocó a Porfirio Díaz y de Álvaro Obregón; ambos tienen su trasunto ficticio en las páginas de la novela y representan diferentes actitudes ante el proceso histórico, si bien con un común objetivo: “La revolución mexicana –explica Valle-Inclán en 1928– la han hecho hombres libres del tipo de Madero y Obregón, que sintieron la voluntad de redimir al indio antes de que el propio indio sintiera la necesidad de redimirse” (Paulino Masip, «Obregón...», en Valle-Inclán, 1994a: 383). Dicho interés por el traicionado Presidente está seguramente relacionado con la común devoción de éste y del joven Valle-Inclán por el espiritismo y la teosofía, si bien los años transcurridos hacen que en la década de los veinte el gallego perciba de manera más distanciada y escéptica la ingenua bondad del apóstol, del que dirá que “tenía alma de franciscano, alma como la de nuestros obispos y nuestros magistrados, amante de los indios” y al que, poco después, califica de “Santo iluminado”⁴. También Márquez Sterling, aunque de forma mucho menos distanciada que Valle-Inclán, hace referencia al carácter confiado y bondadoso de Madero:

Durmió aquella noche satisfecho. En sueños, un juez de luengas barbas blancas, apoyado en su báculo, franqueábale sendas floridas, pobladas de aromas, hacia más altos, más claros y mejores mundos; y en los desfiladeros celestes, peregrino de la eternidad, no veía puñales ensangrentados, ni ojos de traición, a todos los ámbitos amor y virtud, él, caminante sin tacha y sin cansancio... (Márquez Sterling, 1917: 242)

El propio Valle-Inclán reconoce que se inspiró en el malogrado Presidente constitucional para concebir al personaje de Roque Cepeda⁵; de hecho, hay una gran similitud entre el ideario del apóstol mexicano y el del personaje de ficción; de esta manera lo describe Márquez Sterling:

Así, lo encontramos, en 1906, figurando como delegado por el Centro de Estudios Psicológicos de San Pedro de las Colonias en el Primer Congreso Nacional Espírita; y en una de las sesiones en que los debates cobran animación, pide la palabra y talla una síntesis de su moral, en la Tierra, para el progreso de las almas, ascendiendo a la perfección, de mundo en mundo, camino de la dicha. [...]. Contempla el Universo y lo embriaga una felicidad absoluta el contacto de la fuerza, la luz, la energía que irradia y vibra en su centro [...]. En la sociedad de sombras

⁴ «Conferencia pronunciada por Valle-Inclán en el Ateneo de Madrid sobre el tema "La obligación cristiana de España en América"», *El Imparcial*, 19-II-1922 (en Dougherty, 1983: 174-175) y carta a Alfonso Reyes, 14 de noviembre de 1923 (en Hormigón, 1987: 560).

⁵ “Frente al tirano presento y trazo la figura de un apóstol, con más de Savonarola que de don Francisco Madero, aun cuando algo tiene de este Santo iluminado” (carta a Alfonso Reyes, 1923; en Hormigón, 1987: 560). En relación con el nombre del personaje, es evidente que debió de surgir de la síntesis de dos de los colaboradores más próximos de Madero durante la Revolución Constitucionalista, el licenciado Roque Estrada y el doctor Rafael Cepeda, coautores del Plan de San Luis de Potosí en 1910.

que él frecuente, ha tropezado un abismo a través del cual se ligan las almas; quiere leyes de lo invisible que agranden su concepto del bien y regulen el deber a la gloria; y se sumerge en los destellos de la nueva fe y explica, por la invasión de sublimes ideales, el arte, la clarividencia del genio, la comunión del amor en lo sobrenatural e infinito. (M. Márquez Sterling, 1917: 175-176)

En *Tirano Banderas*, tras su detención por participar en el mitin del Circo Harris, Roque Cepeda es recluido en el penal de Santa Mónica donde difundirá su ideal entre el resto de revolucionarios presos:

Don Roque Cepeda convocaba en torno de su hamaca un grupo atento a las lecciones de ilusionada esperanza que vertía con apagado murmullo y clara sonrisa seráfica. Don Roque era profundamente religioso, con una religión forjada de intuiciones místicas y máximas indostánicas: Vivía en un pasmo ardiente, y su peregrinación por los caminos del mundo se le aparecía colmada de obligaciones arcanas, ineludibles como las órbitas estelares: Adepto de las doctrinas teosóficas, buscaba en la última hondura de su conciencia un enlace con la conciencia del Universo: La responsabilidad eterna de las acciones humanas le asombraba con el vasto soplo de un aliento divino. Para Don Roque, los hombres eran ángeles desterrados: Reos de un crimen celeste indultaban su culpa teologal por los caminos del tiempo, que son los caminos del mundo. Las humanas vidas con todos sus pasos, con todas sus horas, promovían resonancias eternas que sellaba la muerte con un círculo de infinitas responsabilidades. [...] Cada vida, la más humilde, era creadora de un mundo, y al pasar bajo el arco de la muerte, la conciencia cíclica de esta creación se posesionaba del alma, y el alma, prisionera en su centro, devenía contemplativa y estática. Don Roque era varón de muy varias y desconcertantes lecturas, que por el sendero teosófico lindaban con la cábala, el ocultismo y la filosofía alejandrina. [...] Su predicación revolucionaria tenía una luz de sendero matinal y sagrado. (*Tirano Banderas*, Quinta Parte, Libro Segundo, III)

Porfirio Díaz, primero, y Victoriano Huerta, después, se aprovecharán de esa visión mistificadora de la existencia y de la política; Márquez Sterling describe el modo en que el primero manifestaba su intención de abandonar el poder y animaba a Madero a presentarse a una elecciones cuyo resultado pensaba amañar; el cubano alude a las declaraciones efectuadas en 1908 por el tirano a un presunto periodista norteamericano, de apellido Creelman, en las que aquél, “con formularios perfectamente dispuestos, finge, como todos los dictadores latinoamericanos, las ansias del reposo y, como a ellos, le obligan la patria y los amigos al último sacrificio” (Márquez Sterling, 1917: 181-182); más adelante comenta el desencuentro entre Díaz y el futuro Presidente:

El orgullo, jamás abatido, frente al optimismo nunca empañado, mal podían entenderse [...]. Al Sultán de cabellera blanca se le escapa una ironía. El Apóstol de barbas de azabache contesta desflorando un reproche, cortés y digno. Y se despiden “hasta los comicios”. En realidad, “hasta la Revolución”. (Márquez Sterling, 1917: 202)

Una situación semejante aparecerá literaturizada en *Tirano Banderas* en dos escenas complementarias; en la primera, Santos Banderas, quien ya había manifestado a la Colonia Española su voluntad de retiro⁶, acude a Santa Mónica para, con la finalidad de contrarrestar las críticas de la diplomacia extranjera, sacar de la prisión, “con todos los honores, al futuro Presidente de la República” (*Tirano Banderas*, Sexta Parte, Libro Primero, IV); esa primera entrevista con Roque Cepeda se desarrolla en términos muy parecidos a los descritos por Márquez Sterling:

–Mi Señor Don Roque, recién me entero de su detención en el fuerte. ¡Lo he deplorado! Hágame el honor de considerarme ajeno a esa molestia. Santos Banderas guarda todos los miramientos a un repúblico tan ameritado, y nuestras diferencias ideológicas no son tan irreductibles como usted parece presuponerlo, mi Señor Don Roque. En todas las circunstancias usted representa para mí, en el campo político, al adversario que, consciente de sus deberes ciudadanos, acude a los comicios y riñe la batalla sin salirse fuera de la Carta Constitucional. [...]

Don Roque Cepeda, en la rueda taciturna de sus amigos incrédulos, se iluminaba con una sonrisa de santo campesino, tenía un suave reflejo en las bruñidas arrugas:

–Señor General, perdóneme la franqueza. Oyéndole me parece escuchar a la Serpiente del Génesis.

Era de tan ingenua honradez la expresión de los ojos y el reflejo de la sonrisa en las arrugas, que excusaban como acentos benévolos la censura de las cláusulas. Tirano Banderas inmovilizaba las aristas de su verde mueca:

–Mi Señor Don Roque, no esperaba de su parte esa fineza. De la mía propositaba ofrecerle una leal amistad y estrechar su mano, pero visto que usted no me juzga sincero, me limito a reiterarle mis excusas.” (*Tirano Banderas*, Sexta Parte, Libro Primero, V)

Más adelante, casi al final de la novela, Cepeda devolverá la visita al Tirano y en esta ocasión parece más receptivo a la petición por parte de Banderas de una tregua que evite la intervención extranjera; el Tirano ofrece una amnistía y garantías democráticas para las elecciones, al tiempo que reitera su voluntad de retiro; aunque la ingenua expresión del apóstol desvela “las sospechas del ánimo”, la aceptación tácita del pacto (Valle elude de forma inteligente el asentimiento explícito de Roque Cepeda) llevan al Tirano a motejar a su oponente de “paloma” y el comentario siguiente de Doña Lupita no deja lugar a dudas acerca de la traición que se está fraguando: “los enredos del mundo meten al más santo en las calderas del Infierno” (Séptima Parte, Libro Primero, IV y V). Y es que, con una década de perspectiva, a Valle-Inclán no se le escapa que el triunfo de la revolución necesita algo más que buenas intenciones; y así, haciendo uso de la síntesis histórica, opondrá al ingenuo

⁶ “Me congratula mucho este apoyo moral de la Colonia Hispana. Santos Banderas no tiene la ambición de mando que le critican sus adversarios: Santos Banderas les garantiza que el día más feliz de su vida será cuando pueda retirarse y sumirse en la oscuridad a labrar su predio, como Cincinato. Crean, amigos, que para un viejo son fardel muy pesado las obligaciones de la Presidencia” (*Tirano Banderas*, Primera Parte, Libro Primero, V).

apóstol la imagen triunfante de Filomeno Cuevas, ranchero revolucionario fruto de un cruce literario entre Emiliano Zapata y Álvaro Obregón, quien con un golpe de mano pondrá fin a la tiranía de Santos Banderas.

A pesar de que Porfirio Díaz fue, sin duda, una importante fuente de inspiración para la elaboración del personaje del tirano –como éste, dice Márquez Sterling, antes de la Revolución que lo derrocó aquél “habíase trocado en una especie de fetiche” (Márquez Sterling, 1917: 180)–, su creador no se queda en esa simple identificación; mientras escribe la novela, en la ya mencionada carta a Alfonso Reyes, Valle-Inclán manifiesta que su intención es construir

La novela de un tirano con rasgos del doctor Francia, de Rosas, de Melgarejo, de López y de don Porfirio. Una síntesis el héroe, y el lenguaje una suma de modismos americanos de todos los países de lengua española, desde el modo lépero al modo gaucho. (Hormigón, 1987: 559-560);

una idea que está ya presente en el retrato que Márquez Sterling hace de Victoriano Huerta, traidor y asesino de Francisco Madero, al que el cronista presenta como

...reposado, astuto, frío, un tanto escéptico, bebedor sempiterno, era el prototipo del soldadote hispanoamericano de mediados del siglo XIX, con los escrúpulos del déspota de Bolivia, Melgarejo, la crueldad espeluznante del paraguayo Francisco Solano López y el talento de un táctico europeo. (Márquez Sterling, 1917: 300)

En realidad, el “icono del Tirano” (Primera Parte, Libro Primero) que dibuja el novelista gallego coincide no poco con los retratos que de Victoriano Huerta se conservan; la “verde máscara indiana”, la delgadez de “momia enlevitada” o “calavera”, el perfil de “corneja” o “lechuzo”, la mirada escondida “tras las verdosas antiparras”, el “corbatín de clérigo”, evocan también la descripción que de él hizo Márquez Sterling:

Oprimió la mano de cada Ministro y a través de sus antiparras azules, pudimos ver las llamaradas de sus ojos igneos. (Márquez Sterling, 1917: 475)

Por el fondo, apareció Huerta, ceñida la vieja levita, que no hubo tiempo de hacerla nueva, y acompañado, en triunfo, de sus consejeros. [...] Pausadamente se adelantó, inclinando a derecha e izquierda la cabeza. Erguido, acomodó los espejuelos para mirar, persona por persona, a los representantes extranjeros; y repitió, a diestra y siniestra, la inclinación de su cabeza de Nemrod. (Márquez Sterling, 1917: 539-540)

Un Huerta desconocido salió, de pronto a la superficie. Y la nación, absorta, inmóvil, contemplaba, en aquellos delirios dramáticos, el perfil indígena del cacique. (Márquez Sterling, 1917: 634-635).

Santos Banderas, como Huerta, encarna la crueldad del poder arbitrario; Valle-Inclán lo presenta jugando a la ranita “ajeno a la fusilería, cruel y vesánico” (Primera Parte, Libro Tercero, II) , o firmando indiferente las condenas a muerte (Segunda Parte, Libro Tercero, V); dispone caprichosamente del destino de sus amigos y enemigos, y en la relación con Domiciano de la Gándara, el coronelito cortesano caído en desgracia que se pasa a las filas revolucionarias, diríase que se escucha el eco de la relación entre Huerta y Félix Díaz, martes acomodaticios todos ellos danzando en el carnaval de la Historia. Por su parte, así describe Márquez Sterling la tiranía del mexicano:

Los consejeros desconfiaban de Huerta, que perseguía, indistintamente, a sus propios amigos o a los del Príncipe Félix, en ocasiones, medidos por igual rasero que al más obstinado *maderista*. Su ideal reposaba, íntegro, en los elementos represivos. (Márquez Sterling, 1917: 648)

A Huerta lo fascina el capricho de mandar, lo fascina la pasión de su hegemonía, lo fascina la idea del dominio invulnerable. Igualaba a Rozas, en el desprecio que le inspiró la vida ajena, y a su coterráneo Santana, en la indiferencia por los negocios públicos y por la inmediata bancarrota [...]. Huerta oprime con el propósito de salvar su gobierno, no su vida. Ser el amo: he ahí el ideal único de toda su política. [...] Cambia de amigos y contertulios y paniaguados, como cambia de chaleco. Fusila o perdona, según está de humor. (Márquez Sterling, 1917: 654-655)

También comparten el tirano histórico y el de la ficción el miedo supersticioso que depiertan entre la población: "Hay la sensación del tirano. A toda hora parece que se acerca. Resuenan sus pasos. Y se le teme. Es el fantasma que vaga por todos los sitios y que entra a todos los lugares." (Márquez Sterling, 1917: 634), señala Márquez Sterling del primero; y el segundo, cuya omnipresencia está sugerida por la vigilancia constantante que a lo largo de la novela ejerce sobre la ciudad, revive entre los indios “un terror teológico, una fatalidad religiosa poblada de espantos” (Sexta Parte, Libro Primero, I).

De modo análogo, ambos sujetarán y manipularán con mano firme la imagen que de su régimen ofrece la prensa. Si Santos Banderas cuenta con la complicidad de *El Criterio Español*, órgano de la Colonia Española, al informar acerca del mitin del Circo Harris, y en esa misma escena los periodistas se reprochan haber vendido la pluma⁷, también Márquez Sterling describe la mordaza impuesta a la prensa:

Y ningún periódico, en aquel funesto entreacto, desviaría su criterio de las paralelas trazadas por Huerta. [...] El periodista se hizo polizonte, y en su periódico denunciaba a los patriotas que no querían ser esclavos. La calumnia, en letras de molde, harta las ansias del amo; y

⁷ “—¡Quién tuviera una pluma independiente! El patrón quiere una crítica despiadada... / Fray Mocho sacó del pecho un botellín y se agachó besando el gollote: / —¡Muy elocuente! / —Es un oprobio tener vendida la conciencia. / —¡Qué va! Vos no vendés la conciencia. Vendés la pluma, que no es lo mismo. / —¡Por cochinos treinta pesos! / —Son los frijoles. No hay que ser poeta.” (Segunda Parte, Libro Segundo, III)

el periodista escribe como si, arrebatado, cosiera a puñaladas el vientre del enemigo. En artículos de pomposa literatura, llenos de veneno, invita al exterminio de todo el que sienta nostalgias de libertad." (Márquez Sterling, 1917: 648-649)

En la emboscada nocturna, caían las víctimas del régimen, y llevadas, fuera de la ciudad, en *el automóvil de la muerte* -que así le llaman los cronistas- desaparecían, para siempre, de sus hogares. 'Caudillo insigne, pacificador magnánimo y justo' era Huerta, sin embargo, en las columnas de los periódicos. (Márquez Sterling, 1917: 653)

Tal vez, sin embargo, donde más pudo aportar la lectura de *Los últimos días del Presidente Madero* en la creación de *Tirano Banderas* fue, sin duda, en lo que aporta de innovación respecto a otros cronistas de la época: la información acerca de los entresijos de Honorable Cuerpo Diplomático. Ciertamente es que la mirada esperpentizadora agudiza los rasgos grotescos y que la intencionalidad política de Valle-Inclán, que apunta directamente a su país, hace que el gallego se cebe en los "chingados" representantes de la Madre Patria y que el embajador norteamericano, protagonista de la intriga histórica y en la crónica de Márquez Sterling, apenas asome en la Novela de Tierra Caliente y su papel de Decano sea asumido por el Ministro de la Graciosa Majestad Británica⁸. No obstante, en algunas ocasiones da la impresión de que Valle-Inclán acentúa algo que ya estaba en la mirada del cubano; no parece casual que, tanto en la novela como en la realidad que describe Márquez Sterling, los representantes de las potencias europeas y americanas invoquen sentimientos humanitarios para encubrir menos honestos intereses económicos, ni que en ambos textos la presión diplomática se concrete en una nota que exige "dos medidas esenciales: el cierre de los expendios de bebidas y el servicio de policía por los soldados regulares."⁹ (Márquez

⁸ La breve aparición del embajador norteamericano, no obstante, evidencia que Valle-Inclán no era ajeno al intervencionismo yanqui en América Latina: "—El Honorable Sir Jonnes Scott ha expresado elocuentemente los sentimientos humanitarios que animan al Cuerpo Diplomático. Indudablemente. ¿Pero puede ser justificativo para intervenir, siquiera sea aconsejando, en la política interior de la República? La República, sin duda, sufre una profunda conmoción revolucionaria, y la represión ha de ser concordante. Nosotros presenciábamos las ejecuciones, sentimos el ruido de las descargas, nos tapamos los oídos, cerramos los ojos, hablamos de aconsejar... Señores, somos demasiado sentimentales. El Gobierno del General Banderas, responsable y con elementos suficientes de juicio, estimará necesario todo el rigor. ¿Puede el Cuerpo Diplomático aconsejar en estas circunstancias?" (Sexta Parte, Libro Tercero, IV). En otros lugares de la novela se hará también mención de los primeros asomos de ese imperialismo: Mister Contum, "aventurero yanqui con negocios de minería" comenta con un estanciero español el peligro que supone para los intereses de ambos el ideario revolucionario; mientras Don Celes apela a la protección de la Madre Patria, el gringo, con mayor visión histórica que el cerril gachupín alude a los cañones norteamericanos: "—Si el criollaje perdura como dirigente, lo deberá a los barcos y a los cañones de Norteamérica." (Segunda Parte, Libro Primero, IV). En una carta publicada en la revista *España* Valle-Inclán denuncia claramente la complicidad del gobierno español y de la colonia española en México con los "petroleros yanquis" («Una carta de Valle-Inclán. México, los Estados Unidos y España», *España*, IX, 22, 20-X-1923; en Valle-Inclán, 1994a: 243-244).

⁹ Sorprende la coincidencia casi textual de la nota en *Tirano Banderas*: "Tras prolija discusión se redactó una nota. La firmaban veintisiete Naciones. Fue un acto trascendental. El suceso, troquelado con el estilo epigráfico y lacónico del cable, rodó por los grandes periódicos del mundo: «Santa Fe de Tierra Firme. El Honorable Cuerpo Diplomático acordó la presentación de una Nota al Gobierno de la República. La Nota, a la cual se atribuye gran importancia, aconseja el cierre de los expendios de bebidas y exige el refuerzo de guardias en las Legaciones y Bancos Extranjeros.» (Sexta Parte, Libro Tercero, IV).

Sterling, 1917: 360). Además, la pintura de las reuniones del Cuerpo Diplomático manifiesta algunas coincidencias:

Estas reuniones, en general, resultan estériles; porque es difícil poner de acuerdo los intereses diversos que representan los ministros. Unos hablan mucho menos de lo que pueden; otros hablan mucho más de lo que deben; y algunos callan. La elocuencia del diplomático es el monosílabo y el monosílabo era la fuerza del Ministro inglés que ocupaba su puesto y fingía dormir, no obstante considerarlo yo el más alerta de todos, aunque no el más acertado. La discreción es la cualidad fundamental del diplomático. Por eso es, comunmente, la cualidad de que carece. Los hay que son indiscretos con la palabra y con el silencio. Los hay también que son indiscretos con el gesto y con la mirada. Reunidos ofrecen un curioso espectáculo. Se miran, entre sí, con cierto desdén ceremonioso. Y cuando uno de ellos habla, los demás dicen que no con la cabeza. Si les pica la cólera, abandonan el francés y rabian en su idioma: la torre de Babel. Éste refunfuña en ruso, aquél gruñe en alemán, el otro se queja en italiano. Y el Embajador, con su carácter de respetable y dignísimo Decano, solicita que le pongan atención. Es de los que hablan lo que deben callar y callan lo que deben hablar. Es el hombre más indiscreto concebible. Más indiscreto de tarde que de mañana. Y más todavía de noche que de tarde." (Márquez Sterling, 1917: 469-470)

El Decano del Cuerpo Diplomático –Sir Jonnes H. Scott, Ministro de la Graciosa Majestad Británica– exprimía sus escrúpulos puritanos en un francés lacio, orquestado de haches aspiradas. [...]

La Diplomacia Latino-Americana concertaba un aprobatorio murmullo, amueblando el silencio cada vez que humedecía los labios en el refresco de brandy-soda el Honorable Sir Jonnes H. Scott. El Ministro de España, distraído en un flirt sentimental, paraba los ojos sobre el Ministro del Ecuador, Doctor Aníbal Roncali [...]. El Ministro de Alemania, Von Estrug, cambiaba en voz baja alguna interminable palabra tudesca con el Conde Chrispi, Ministro de Austria. El Representante de Francia engallaba la cabeza, con falsa atención, media cara en el reflejo del monóculo. [...]

La Diplomacia Latino-Americana prolongaba su blando rumor de eses laudatorias, felicitando al Representante de Su Graciosa Majestad Británica. [...]

El Ministro de Alemania, semita de casta, enriquecido en las regiones bolivianas del caucho, asentía con impertinencia poliglota, en español, en inglés, en tudesco. El Conde Chrispi, severo y calvo, también asentía, rozando con un francés muy puro, su bigote de azafrán. El Representante de Su Majestad Católica fluctuaba. Los tres diplomáticos, el yanqui, el alemán, el austriaco, ensayando el terceto de su mutua discrepancia, poníanle sobre los hilos de una intriga, [...]. El Honorable Sir Jonnes H. Scott había vuelto a tomar la palabra:

–Séame permitido rogar a mis amables colegas de querer ocupar sus puestos.

Los discretos conciliábulos se dispersaban. Los Señores Ministros, al sentarse, inclinándose, hablándose en voz baja, producían un apagado murmullo babélico. (Sexta Parte, Libro Tercero, IV)

En ocasiones, la relación entre ambos textos se intuye en un motivo recurrente. En

Los últimos días del Presidente Madero el cronista, al relatar la noche que pasó junto a Madero y Pino Suárez en la Intendencia de Palacio, introduce un elemento recurrente de enorme fuerza literaria en el retrato del centinela que, con la bayoneta calada, custodia a los detenidos, convertido, en virtud de su recurrencia, en metonimia de la dictadura militar; primero el soldado le parece “un cromo de cartón.” (M. Márquez Sterling, 1917: 498); más adelante insiste por dos veces en el brillo de la bayoneta “que anticipaba la aureola del inmediato martirio” (*Id.*: 512-513); finalmente, tras el cambio de guardia, el nuevo centinela se le representa

...como un objeto inanimado sobre una mesa. Lo miré con curiosidad. [...] Todo él era pequeño y representaba, no obstante, la brutalidad de la fuerza. El uniforme no le cuadraba [...]. La bayoneta, en cambio, erguida, se mantenía recta como el patriotismo de los presos a quienes cortaba el paso. (*Id.*: 516)

Lo significativo, en lo que al tema de este trabajo se refiere, es que la cosificación –uno de los rasgos característicos del esperpento– del centinela, aparece también como un motivo recurrente en *Tirano Banderas*, si bien aquí sometido a la peculiar estética del escritor. Lo encontramos ya al inicio de la novela, en la descripción del castillo de San Martín de los Mostenses, residencia del Tirano, levantando “en el campanario sin campanas [...] el brillo de su bayoneta” (Primera Parte, Libro Primero, II); más adelante, ya de noche, en ese mismo lugar el soldado clava “la luna con la bayoneta” (Primera Parte, Libro Tercero, VI); y hacia el final del relato, cuando estalla la Revolución y es atacado el castillo, “el guaita de la torre ha desclavado su bayoneta de la luna, y dispara el fusil en la oscuridad poblada de alarmas” (Séptima Parte, Libro Tercero, V).

Otros ecos pueden percibirse de ese diálogo entre ambos textos¹⁰, tal vez son solo eso, ecos de una historia y un momento que fluye en el tiempo a través de diversos cauces; pero en el caso de Márquez Sterling la mirada del testigo se tiñe con frecuencia de literatura y sus páginas entran de pleno derecho en el ancho río de la tradición, de donde Valle-Inclán bebía con frecuencia para dar a sus obras el relieve y la profundidad que su original mirada espectral necesitaba.

¹⁰ Compárese, por ejemplo, la descripción del exterior del palacio presidencial en *Los últimos días del presidente Madero*: “Afuera, en el llano, la tropa en pintoresca algarabía; y entre los grupos de soldados y las cantineras embozadas en sus mantas y los fusiles en trípodes, corrían sutiles, tendidas al aire sus alas de ensueño, los melosos cantares de la sierra y las notas tristonas de la guitarra [...]” (Márquez Sterling, 1917: 227); con la que aparece en *Tirano Banderas*: “A lo largo de la formación, chinitas y soldaderas haldeaban corretonas, huroneando entre las medallas y las migas del faltriquero la pitada de tabaco y los cobres para el coime. [...] Desde aquella altura fisgaba la campa donde seguían maniobrando algunos pelotones de indios, armados con fusiles antiguos. [...] Cuesta Mostenses flotaba en la luminosidad del marino poniente, y un ciego cribado de viruelas rasgaba el guitarrillo al pie de los nopales, que proyectaban sus brazos como candelabros de Jerusalén. La voz del ciego desgarraba el calino silencio: –Era Diego Pedernales / de noble generación, / pero las obligaciones / de su sangre, no siguió. (Primera Parte, Libro Primero, III, VII y VIII).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ÁLVAREZ GALLEGO, Gerardo, «Valle-Inclán en La Habana», en Varios, *Ramón del Valle-Inclán (1866-1966). Estudios reunidos en conmemoración del centenario*, La Plata, 1966, pp. 112-118.

BUENO, Salvador «Presencia cubana en Valle-Inclán», en Ramón del Valle-Inclán, *El Ruedo Ibérico*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1974, pp. 639-653.

CASARES, Julio, *Crítica profana (Valle-Inclán, «Azorín», Ricardo León)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.

DOUGHERTY, Dru, *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos, 1983.

DOUGHERTY, Dru, «Tirano Banderas, novela transcultural», en *Palimpsestos al cubo: prácticas discursivas de Valle-Inclán*, Madrid, Fundamentos, 2003, pp. 9-41.

HORMIGÓN, Juan Antonio, *Valle-Inclán. Cronología. Esritos dispersos. Epistolario*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987.

HORMIGÓN, Juan Antonio, *Valle-Inclán. Biografía cronológica y Epistolario*, 3 vols., Madrid, Asociación de Directores de Escena, 2006-2007.

MÁRQUEZ STERLING, Manuel, *Los últimos días del Presidente Madero (Mi gestión diplomática en México)*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1917.

MÁRQUEZ STERLING, Manuel y VASCONCELOS, José, *Discursos leídos en la Universidad Nacional de México el día 3 de enero de 1921 en el acto solemne de conferir al Sr. D. Manuel Márquez Sterling el grado de Doctor Honoris Causa*, La Habana, Prado y Morales, 1921.

POTUONDO, José Antonio, «D. Manuel Márquez Sterling y la Revolución Mexicana», en *Crítica de la época y otros ensayos*, Universidad Central de Las Villas, 1965, pp. 250-258.

SANTOS ZAS, Margarita, «Valle-Inclán y la prensa cubana: el viaje a La Habana de 1921», *Anuario Valle-Inclán I. Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 26, 3 (2001), pp. 219-253.

SANTOS ZAS, Margarita, «Nuevos documentos: Valle-Inclán entrevistado en La Habana (1921)», *Cuadrante*, 10 (Xaneiro 2005), pp. 5-28.

SOLDEVILA DURANTE, Ignacio, «Valle-Inclán y las vanguardias literarias: la composición de *Tirano Banderas* como novela cubista», en J. A. Hormigón, ed., *Quimera, Cántico. Busca y rebusca de Valle-Inclán*, vol. I, Madrid, Ministerio de Cultura, 1989, pp. 373-385.

VALLE-INCLÁN, Ramón María del, *Entrevistas, conferencias y cartas*, edición de Joaquín y Javier del Valle-Inclán, Valencia, Pre-Textos, 1994a.

(Trabajo presentado en el Coloquio «Cuatrocientos años de la Literatura Cubana», La Habana, noviembre de 2009, y publicado en formato digital en las *Actas* del mismo, editadas por el Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, 2009)



«Manuel Márquez Sterling y Ramón del Valle-Inclán: algunas notas sobre otro intertexto de *Tirano Banderas*»
por [Juan Rodríguez](#) se encuentra bajo una Licencia
[Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported](#).